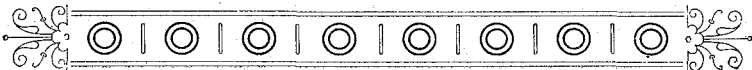


DISCURSO RESUMEN

Por Francisco Navarro y Ledesma.





DISCURSO RESUMEN

SEÑORAS Y SEÑORES:

¿Qué decir ahora, qué podré deciros yo ¡pobre de mí! cuando váis á escuchar la voz de un muerto como Cervantes, cuando acabáis de oír la palabra de un vivo tan ilustre como el Sr. Canalejas; cuando la América española nos ha enviado el parabién por boca de su aeda más suntuoso y de su vate más delicado; cuando para glorificar á Cervantes han resurgido las voces de los grandes y casi desconocidos músicos españoles de su época, de aquellos que, según el fraile platónico, hacían que el aire se serenase y se vistiera de hermosura y luz no usada y en los espíritus inquietos y en los despiertos oídos hacían sonar la no escuchada música pitagórica de las esferas, el armónico palpar del cosmos, en que los astros cantan como ruiseñores, siguiendo el compás de sus eclípticas, donde cada vibración es tal vez un siglo? ¿Qué deciros, qué hacer?

Durante nueve noches hemos rendido culto en esta Casa á Nuestro Señor Don Quijote. Concluída la fervorosa novena ¿nos será lícito añadir á este dictado de Señor nuestro el de Padre nuestro? ¿No estamos nosotros, los españoles del siglo xx, por gran desdicha nuestra, absolutamente faltos de inmediata ascendencia espiritual clara y conocida? No nos falta ¡naturalmente! la paternidad material, que el fatalismo de la especie procura: pero ¿dónde están nuestros padres espirituales? ¿Quiénes son los que han formado y dirigido nuestras almas, los que han educado nuestro sentimiento, los que han industriado nuestra inteligencia, los

que han acerado nuestra voluntad? Permitidme que sea inmodesto, consentidme que sea franco, y con inmodestia y con franqueza diga que todos los españoles menores de cuarenta años somos y debemos considerarnos, en cuanto no hace á la materia, como unos pobres, como unos desdichados incluseros. Por eso nos esforzamos en buscar un Padre común, que nos dé un apellido glorioso, una imagen querida y venerable á quien volver los ojos en nuestros apuros y tribulaciones, un nombre alto, sonoro y significativo á cuyo son podamos en el día de la paz congregarnos para nuestros íntimos ágapes y en el día de la lucha marchar en pos de él, como tras los claros clarines, como tras los broncos tambores, como tras las tremolantes banderas. Y ese nombre es el que aquí ha sonado en estos días de nuestro culto y esa imagen es la que poetas y músicos, sacerdotes y guerreros, médicos y abogados, eruditos é imaginadores, catedráticos y pequeños filósofos, obreros y periodistas, nos han presentado en esta cátedra, por donde pasaron y pasan en teoría solemne, ya matemáticamente escuetos, geoméricamente desnudos, ya vestidos con doctoral rozagancia los axiomas orondos y pontificales, los secos é indiscutibles postulados, los vivaces teoremas, los entremetidos escolios de la ciencia universal: en esta cátedra, donde las tesis se han espaciado y expandido satisfechas, donde las antítesis han gruñido, han chillado, han sostenido justas y torneos incruentos al parecer, en donde las síntesis han rodado, bellas y redondas, más para encanto de la vista y deleite del oído que para satisfacción del hambre intelectual: y donde las valientes, las brillantes, las quijotescas hipótesis han cabalgado en Pegasos y en hipógrifos nunca vistos, llamando en su seguimiento á los audaces, á los renovadores, á los idealistas, á los tenidos por locos, que las seguían saltando aquí y allá hasta formar escuadrón poderoso y turbulenta cabalgada en pos de su penacho blanco, como el del paladín de la leyenda.

Por esta cátedra, pues, hemos sentido, ó creo yo que hemos sentido, en los días pasados y en el presente, correr un cálido y vivificante sopló de amor á Don Quijote, á Nuestro Padre y Señor Don Quijote: amor de hijos abando-

nados que encuentran á su progenitor cuando ya ellos son adultos, probados por la vida, incapaces de irreflexivos y súbitos entusiasmos: amor represado y antiguo, meditado y consciente, como el que tenemos á nuestros libros y á nuestras ideas, á las cicatrices de nuestras luchas, á los fecundos desengaños, maestros del vivir. No es ya, y me siento orgulloso al decirlo, no es ya el nuestro aquel amor loco ó bobo, inconsciente y facilitón con que nuestros padres, los mismos que declaraban, repitiendo un dicho quintanesco, que Cervantes no fué poeta, le proclamaban marino, cosmógrafo, administrador militar, jurisperito, economista y otras cosas ordinarias. El nuestro (ya lo habéis visto en las noches pasadas) es un amor sereno, prolífico, semental de ideas provechosas y de inútiles y sublimes ideales. Grata satisfacción debe inundar nuestros ánimos: hemos encontrado nuestro apellido, nuestra imagen familiar, la natural progenitura de nuestro espíritu; somos los descendientes de Don Quijote, de ello nos envanecemos, con ello nos honramos, llenos de altivez exhibimos el viejo pergamino de nuestro abolengo quijotesco. ¿Sabéis dónde le hemos encontrado? Donde se encuentran tales prendas: en nuestro almarío, en el escondido almarío de la patria, que no está cerrado como el arcón del Cid ó la huesa de los amantes de Teruel, sino abierto de par en par al aire del mundo, al sol de los cielos, al calor de la humanidad.

Este sentimiento ha resplandecido en las palabras que aquí se han pronunciado: en las de Salillas, el antropólogo, que nos ha dicho cómo y por qué nació Don Quijote en una cárcel: en las de Cejador, el lingüista, que nos ha mostrado el idioma de Don Quijote como la más completa fórmula viva del pensamiento hispano: en las de Roda, el músico, que nos enseñó cómo á este idioma hablado respondieron en la época de Don Quijote, el ritmo de la música y el de la danza: en las de Palomero, el amable y tolerante poeta, Kempis de Don Quijote, como el otro lo fué de Cristo, pero con mayor blandura y humanidad: en las de Ovejero, el catedrático artista que emparejó la muerte de Don Quijote con la del héroe ibseniano, probando que la idea asalta los tiempos y destruye los pórticos y muros de las escuelas: en las

de Vicenti, el político sagaz, el hombre de mundo, el artista del vivir, que nos enseñó á ver en Don Quijote el caballero del honor, perdido y derrotado en una sociedad deshonorada: en las de Royo Villanova, el médico cruel que nos presentó la historia clínica del pobre Don Quijote y de sus pobres descendientes: en las de Mesa, el doncel enamorado del amor, que plañió los pinceles de Velázquez, muerto sin retratar á Don Quijote: en las del padre escolapio Jiménez Campaña, que, cumpliendo su altísima misión en la novena, nos dijo el sermón de Don Quijote y de Sancho Panza: en las del comandante Ibáñez Marín, que nos explicó tantas cosas, dejándonos entrever lo que fueron los ejércitos de nobles y bravos Quijotes mandados por barrigudos Sanchos Panzas: en las del obrero socialista Morato, que acompañó á Don Quijote en su amor y simpatía por los oprimidos: en las del crítico Bonilla, que nos enseñó los enlaces y entronques del pensamiento quijotesco con la totalidad del pensar español: en las del castizo y elegante cronista Nogales, que comparó el fruto sazonado de Don Quijote con el serondo fruto del Buscón Don Pablos: en las del pequeño filósofo Azorín, que nos presentó la visión perturbadora de Don Quijote, trastornando las normas apacibles en la burguesa casa del caballero del Verde Gabán: en las del soñador Urbano, que combatió el pretense esoterismo de Don Quijote: en las del estudioso mozo Pérez de Ayala, en quien parece revivir (y todos lo deseamos) el espíritu egregio de su maestro Clarín y que nos dió cuenta de cómo Don Quijote ha labrado en las almas extranjeras: en las de nuestro querido secretario Val, quien, como poeta nuevo, estaba obligado á declararnos la vieja poesía del Quijote: y en fin, en las hermosas palabras del Sr. Canalejas y en los nobles versos de Icaza y de Ruben Darío, que esta noche habéis oído y que no necesito encarecer.

Todos ellos coinciden, todos muestran patentemente la existencia de ese noble amor filial quijotesco, cuya resurrección debemos estimar como un renacimiento de las energías mentales y cordiales que muchos juzgaron agotadas. Don Quijote ha iluminado todas estas preclaras inteligencias, jóvenes las más, ninguna avejentada: Don Quijote

ha levantado y hecho exultar todos estos corazones. Bien será terminar esta novena, diciendo: *Sursum corda. Gratias agamus Domino Quijoti nostro.*

Y dirigiéndonos luego á la tumba del Ingenioso hidalgo manchego, turbaremos su augusto reposo y con voz firme y segura, le diremos:—Despierta, caballero de los Leones. En los nidos de antaño ya hay pájaros hogaño.

Esto es lo que sacamos en limpio y en claro de cuanto aquí se ha dicho. Existe entre nosotros, quizás como no existió nunca, un sentimiento quijotesco, que ha sobrepujado á los siglos, que ha vencido á la derrota y á sus bochornos y que tal vez no hubiese vencido á la victoria y á sus excesos, porque el vencer á la victoria no es cõstumbre de españoles, según notaba aquel obispo rebelde, aquel católico vacilante, aquel pensador medio Quijote, medio Sancho Panza, que se llamó Melchor Cano.

¿Qué hemos de hacer con este sentimiento? Cultivarle, favorecerle, fecundizarle, y para ello lo que más importará será no convertirle en un concepto, no esterilizarle para la acción bienhechora, para la acción paridora, para la acción madre y nodriza; porque los sentimientos que se truecan en conceptos, son la peor y más vitanda cosa del mundo. Dígallo, en los tiempos mismos de Don Quijote, la fe cristiana que tornaba el amor en odio; la caridad, en Inquisición; el altar del incruento sacrificio, en quemadero infame de criaturas de Dios; la poesía agreste y natural de la Biblia, en el teatral embolismo teológico de los autos sacramentales; la túnica de Cristo, morada como las violetas, como los lirios, como las cuencas de los ojos amantes y febriles, en la negra túnica de Loyola, cortada de paño de ataúdes. Dígallo también el sentimiento del amor humano, que ya en tiempo de Don Quijote iba convirtiéndose en un concepto frío y metafísico; los requiebros y sales amorosas que Calixto tomó de labios de Celestina, y ésta destiló en la alquitara del Archipreste de Hita, patriarca del humorismo español, iban trocándose en los quintaesenciados conceptillos de Góngora y de Villamediana y anidaban como víboras en los corazones secos de los maridos vengadores de Calderón y en sus manos ponían el puñal del asesino, la tea del

incendiario, el bisturí del médico de su honra, toda la farsa hueca, rimbombante, inhumana y cruelísima del llamado honor calderoniano. De este convertirse el sentimiento en concepto nació ¿qué otra criatura había de nacer?, nuestro siglo XVIII, estéril, seco, engurruñado, avellanado, célibe, híbrido, afrancesado, andrógino, abate. Parecía que Don Quijote estaba muerto y enterrado para siempre.

Pero, no; afirmémoslo, como de lo dicho aquí y de lo aquí sentido resulta. Nuestro sentimiento amoroso hace revivir á Don Quijote. Esos pájaros de los nidos de antaño, cantan, oficiosos y alegres, el alborear. Dejemos al Hidalgo que levante la losa de su sepulcro; pero, ¡mucho cuidado!, no vayamos á dejarle que ascienda á los cielos, como el otro Redentor. Hagamos que Dulcinea del Toboso esté esperándole llena de ansiedad, como esperó Magdalena á Cristo, en el jardín del sepulcro. Entonces veremos salir del sarcófago á Nuestro Señor Don Quijote y decir á la angustiada Dulcinea:—Mujer, ¿por qué lloras?—Y ella, pensando que es el hortelanó, porque no le conocerá porque Don Quijote habrá cambiado mucho, tal vez diga, como San Juan nos cuenta:—Señor, si tú te le has llevado, dime donde le has puesto, y yo le llevaré... Y Jesús, digo Don Quijote, mirándola amoroso y benigno, poniéndole la mano en el hombro, dirá con dulce y desmayada voz:—Dulcinea...—como el Otro dijo:—María... y Don Quijote dudará, al verla, si subir al cielo ó quedarse en la tierra para hacer fecundos sus amores, porque conocerá que Dulcinea de España ya no es una virgen fatua ó prudente, una moza simplecilla, sino una bella matrona, sabia en amores, como la de Magdala, capaz de amar á su amante y de amar al amor. Y Don Quijote, ya entonces vencido de la hermosura, no dirá como el Otro:—*Noli me tangere*, sino que abrirá sus brazos, ofreciéndose el goce de la paternidad, de la perpetuidad de su raza. Y tendrá hijos Don Quijote.

Para conseguir esto, que el vivificador espíritu de Don Quijote se quede entre nosotros, redimiéndonos de nuestras culpas (porque el trabajo de la Redención ni termina en la Cruz ni tampoco en el lecho de Alonso Quijano), ¿qué tenemos que hacer? El falso Don Quijote francés, con su saga-

ciudad no quijotesca, sino sanchuna, nos lo dijo: Cultivemos nuestro jardín, hagámosle grato, atractivo y fructuoso, que las flores cubran el sepulcro, que las frondas de los frutales en torno á la losa nacidos, nos hagan desechar para siempre la idea de la muerte, que hasta ahora nos acoquinó y nos desquijotizó. Saquemos de la muerte la vida, al contrario que hasta ahora hicimos; emprendamos la acción creadora, empeñémonos en el trabajo con idea. Y para amar la vida, amemos al Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha y sigamos al Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra.

Pero me dirá alguien,—¿es que para calmar nuestras ansias de renacer, para satisfacer nuestros anhelos de revivir, basta la imitación de Don Quijote? ¿Es que un amor ideal, estético, literario, es suficiente como fórmula de vida? ¿No hay en esto algo de retórico aliño, algo de rebuscada imprecisión, algo de ineficaz vaguedad? Si á la imitación de Don Quijote nos entregamos, ¿no seguirá callado, socarrón insidioso, manejando oculto los hilos de nuestras aventuras el listo, el sagaz, el antipático bachiller Sansón Carrasco, el teólogo á medias, padre y maestro de todos los *cucos* que en España han sido y han gobernado, y han mangoneado, y se han aprovechado hasta hundir á la nación en la vergüenza y en el descrédito?

Y á tan terrible reparo, yo sólo contestaré que dejéis ensancharse y crecer el amor á Don Quijote y á Sancho Panza, juntos, amigos y hermanos, como razón pura y razón práctica conjuntas, como buen señor y fiel escudero: y se podrá entonces decir de nuestra patria que es la tierra de Don Quijote ó la tierra de Sancho, pero nunca, jamás se dirá que es la tierra de Sansón Carrasco, de la medianía endiosada y triunfante.

Esto, para mañana—argüiréis todavía,—pero ¿y hoy? Hoy, amigos, hermanos míos en Don Quijote, dejemos á Sansón Carrasco que gobierne, que mande, que maneje el cotarro. Su propia insignificancia, su misma vulgaridad, su conocida y patente medianía acabará con él. Hemos de verle morir de consunción, de anemia, de atrofia, de abulia, de ataxia, de afasia, de asistolia, de insuficiencia. Ya arrastra

los pies, ya le tiemblan las manos, ya se le enturbia la mirada, ya balbucea, ya rehila, ya tiritita, encorvado, embozado en su capa corta, dejando caer sobre la roja nariz el pico del tricornio. Es el viejo fantasmón que todos conocéis, que muchos han temido. Dejadle que se muera y sean su gorigori nuestras risas: y sea también su muerte la última muerte de que se hable aquí, en esta tierra donde por siglos y siglos tan sólo de la muerte se ha hablado.

¿Será pequeño nuestro triunfo, será dudosa nuestra redención si matamos á la muerte? La preparación espiritual que hemos realizado en estos días de solemne culto á Don Quijote no ha sido como esas clásicas juntas de españoles Carrascos de las que se quiere *que salga algo práctico*, según la frasecilla corriente. De aquí no ha salido nada práctico, nada tangible, nada cobrable, nada gacetable. ¿Verdad, amigos, que es un gusto inesperado y exquisito, un gusto platónico y esencialmente quijotesco? Hemos oído la sutil vibración de los sentimientos, hemos aspirado el grato perfume de las ideas, hemos paladeado el agrídulce sabor de las voluntades en tensión... y hemos tenido el valor estóico, el quijotesco valor de no aprovechar nada de esto para nuestras particulares granjerías. Con esas vibraciones, con esos perfumes, con esos sabores, nuestros Sansones Carrascos habrían abierto una tienda, es decir, habrían construido un sistema político ó una doctrina filosófica, sociológica ó económica cotizabile. Nosotros nos hemos contentado con amar á Dulcinea, y con su amor tenemos, debemos tener bastante para ser felices, como Adán, el buen Adán, era feliz en el Paraíso, cultivando su jardín (según aconsejaba Cándido) y amando á Eva. Pero ya que somos Quijotes y amamos á Dulcinea, ya que somos Adanes y amamos á Eva, no olvidemos que la serpiente está enroscada en el árbol. Para que sea perdurable nuestra felicidad, matemos á la serpiente. Hazaña será esta digna de auténticos caballeros andantes, de verdaderos hijos de Don Quijote. Matemos á la serpiente, como lo hizo el caballero Perseo en la leyenda griega, el caballero San Jorge en la bretona, el caballero Sigfrido en la germánica. Matemos al dragón, matemos á la muerte y á sus miedos y espantos, en

los cuales se apoyan todas las negras opresiones que en los tiempos de Cervantes y en los nuestros nos agobiaron y nos agobian, y si realizamos y llevamos á feliz remate esta hazaña y proclamamos en altas y vencedoras voces nuestro amor á la vida, sabremos hacerla fecunda, grande y noble, y Nuestro Padre y Señor Don Quijote nos dará su bendición, y su creador el divino, el Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, nos otorgará el mayor de los dones del Espiritu humano, el que ya creímos perdido para siempre ó inexorable y perpetuamente desterrado de nuestros corazones: el dón mirífico y fecundo de la sacrosanta, de la redentora Alegría.

HE DICHO. *